

XVII

LAS CARRERAS

El sábado siguiente debían inaugurarse las fiestas del Yamsé; y tal coquetería puso la ciudad en borrar, para el mencionado día, los últimos vestigios del huracán, que nadie hubiera sospechado que, seis días antes, había corrido peligro de verse destruída.

A primera hora de la mañana, los lascares de mar y los lascares de tierra, reunidos, salieron del campo malabar, situado extramuros, entre el arroyo de las Doncellas y el arroyo del Fanfarrón, y precedidos de una música bárbara compuesta de tamboriles, caramillos y trompas, se encaminaron a Puerto Luis para hacer la cuestación. Los dos jefes iban mano a mano, vestidos cada cual según el bando por ellos representado, y llevaban cada uno un sable desenvainado con sendas naranjas clavadas en sus puntas. Tras los jefes iban dos molas, sosteniendo con ambas manos una fuente llena de azúcar y cubierta de hojas de rosas chinescas, y en pos de los molas seguía en bastante buen orden la falange indica.

La cuestación empezó a la entrada de Puerto Luis, debido indudablemente a que, por espíritu de igualdad, los cuestadores no menospreciaban las más humildes chozas, cuya ofrenda, como la de las casas más ricas, está destinada a cubrir parte de los cuantiosos gastos que aquellos infelices se imponen en pro de la mayor suntuosidad de la ceremonia. Por lo demás, la forma en que

piden los cuestores se resiente del orgullo oriental, y lejos de ser baja y servil, tiene algo de noble y patética. Luego que los jefes, ante los cuales se abren todas las puertas, han saludado a los dueños de la casa bajando en su presencia las puntas de sus sables, el molla se adelanta y ofrece a los asistentes azúcar y hojas de rosa, mientras algunos indicos designados por los jefes reciben en platos lo que tienen a bien darles. Hecho esto, retíranse todos diciendo: *Salam*. De esta suerte la dádiva no tiene visos de limosna, y la presencia de los cuestores en las casas parece una incitación a los extraños a su culto a una comunión simbólica, sufragando con ellos y como hermanos los gastos de su culto y compartiendo con ellos los dones de su religión.

En los tiempos normales, la cuestación se extiende no sólo a las casas de la ciudad, mas también a los buques surtos en el puerto, que entran en las atribuciones de los lascares de mar. Aquel año, empero, la cuestación en este último punto dió escasísimo resultado, por la razón de que la mayor parte de los buques habían padecido grandemente con el huracán y sus capitanes estaban más necesitados de socorros que dispuestos a darlos.

Con todo eso, en el instante en que los cuestores se hallaban en el puerto, un buque señalado a primera hora de la mañana pareció entre el reducto de La Bourdonnaie y el fuerte Blanco. Aquel buque, en cuyo tope flameaba el pabellón holandés, entró a velas desplegadas y saludó con las salvas de ordenanza al fuerte, que correspondió con igual número de cañonazos. Indudablemente la holandesa nave se hallaba a mucha distancia de la isla al desencadenarse el huracán, pues tenía el aparejo íntegro, y avanzaba gra-

ciosamente ladeada, como si la mano de alguna diosa marina la impeliese por la superficie del agua. De lejos y con ayuda de anteojos, podía verse en la cubierta, ostentando el uniforme de gala de la real marina holandesa, a toda su tripulación que, con sus trajes de batalla, esto es sus ropas de fiesta, parecía venir adrede para asistir a la ceremonia. Ocioso es pues decir que, gracias a su aspecto alegre y confortable, aquel buque se hizo al punto blanco de las miradas de los dos jefes; de lo cual se siguió que, apenas hubo echado el ancla, el jefe de los lascares de mar se entró en un bote, y, acompañado de dos portadores de platos y de una docena de los suyos, bogó hacia la nave, que, vista de cerca, no desmentía ni eso el buen concepto que a cierta distancia inspiraba.

En efecto, si alguna vez la limpieza holandesa, tan ensalzada en todo el mundo, había merecido un elogio cabal, era a vista de aquella hermosa nave, al parecer su templo flotante; su limpiísima cubierta podía competir con el suelo del salón más suntuoso; sus adornos de latón brillaban como el oro, y sus escaleras, labradas con las más preciosas maderas de la India, más que un objeto de usual utilidad parecían un ornato. En cuanto a sus armas, tenían todo el aspecto de las de lujo, antes destinadas a un museo de artillería que al arsenal de un buque.

El capitán Van den Broek, que así se llamaba el de aquella preciosa nave, al ver avanzar a los lascares, como si hubiese adivinado de qué se trataba, pues vino a recibir al jefe de aquéllos en lo alto de la escalera, y después de haber cruzado con él algunas palabras en su lengua, lo cual era demostrativo de que no navegaba por vez primera por los mares de la India, puso en el

plato que le presentaron, no una moneda de oro o un rollo de monedas de plata, sino un diamante que podía valer unos cuatrocientos pesos, excusándose de no tener por el pronto otra moneda, y rogando al jefe de los lascares de mar que se contentase con aquella ofrenda. El jefe de los lascares, al ver aquel donativo, que sobrepujaba por tal manera sus previsiones y tan poco se compaginaba con la parsimonia habitual de los paisanos de Juan de With, estuvo por breve espacio sin atreverse a tomar en serio semejante prodigalidad, y fué menester que Van den Broek le repitiese tres o cuatro veces que el diamante lo destinaba él al bando escita, por el que, dijo, sentía honda simpatía, para que el honrado secretario de All se decidiese a tomarlo, dándole las más expresivas gracias y presentándole personalmente el plato de hojas de rosa espolvoreadas de azúcar. El capitán tomó pulcramente un pellizquito de azúcar, se lo metió en la bosa, e hizo que se lo comía, con gran satisfacción de los indios, que se salieron del buque tras muchas zalemas y continuaron su cuestación, sin que el relato que cada uno de ellos hacía del espléndido donativo que les lloviera del cielo les procurase otro.

Así pasó el día, preparándose cada cual para la fiesta del siguiente más que tomando parte en la que hemos relatado, y que, por decirlo así, sólo es el prólogo.

Al día siguiente debían celebrarse las carreras de caballos, que si por lo común son una solemnidad en la isla de Francia, ahora, en medio de otras fiestas, y, sobre todo, con el aliciente de darlas el gobernador, habían de sobrepujar a cuanto hasta entonces se viera.

Como siempre, el lugar designado para la fies-

ta era el campo de Marte, cuya parte destinada al público se vió invadida, desde muy temprano, por una compacta muchedumbre anhelosa de presenciar no sólo la carrera principal, más también las carreras grotescas que habían de precederla, y que, para el pueblo sobre todo, incluían un aliciente tanto mayor cuanto era actor de ellas. Consistían aquellas diversiones preparatorias en una carrera de marranos, otra de sacos y otra de hacas, para cada una de las cuales, así como para la principal, el gobernador había destinado un premio consistente, respectivamente, en un marrano, en un magnífico paraguas y en una preciosa escopeta de dos cañones de la fábrica de Mentón. En cuanto al premio de la carrera principal consistía en una artística copa de plata sobredorada, infinitamente menos preciosa por su valor intrínseco que por su valor extrínseco.

Va dicho que desde el amanecer los terrenos destinados al público estaban henchidos de espectadores; pero hasta las diez no empezaron a llegar las personas de alto copete. Como en Londres, París y doquiera se celebran carreras de caballos, habíanse reservado tribunas para los personajes de cuenta; pero, sea por capricho, o para no verse confundidas unas con otras, las más hermosas damas de Puerto Luis resolvieron asistir a las carreras en sus respectivas calesas, y, excepto las que estaban convidadas a sentarse junto a lord Murrey, se alinearon frente a la meta o en los sitios a ésta inmediatos, dejando las demás tribunas a los menestrales, o a los comerciantes de segunda fila. En cuanto a los jóvenes, casi todos ellos se presentaron a caballo y se disponían a seguir las peripecias de las carreras en el círculo interior, mientras los aficionados y los socios del *Jockey club* de la isla de Francia ha-

cían las apuestas con la indiferencia y la prodigalidad propias de los criollos.

A las diez y media Puerto Luis en peso estaba en el campo de Marte.

En la primera fila de la tribuna del gobernador se veía a Sara entre su tío y Enriqueta; en cuanto a Enrique, se hallaba en el campo de las carreras, teniendo todos los envites que contra él se hacían, pocos por cierto, pues además de ser jinete consumado, poseía en aquel entonces un caballo que gozaba fama de ser el más corredor de la isla.

A las once, la música de la guarnición, colocada entre las dos tribunas, dió la señal de la primer carrera, la del marrano.

El lector conoce ya esta grotesca broma, usada en muchos pueblos de Francia: untan con lardo el rabo de la bestia, y los que optan al premio se esfuerzan uno tras otro en retener al puerco, al cual sólo pueden coger por la cola. El que lo detiene es el vencedor. Como en tal carrera podía tomar parte todo el mundo, nadie se había hecho inscribir.

Dos negros llevaron a la pista al cerdo, corpulento, y pringado ya para entrar en liza. A su vista resonó un grito unánime, y negros, malayos, madagascarenes e indígenas, rompieron la hasta entonces respetada valla y se abalanzaron al animal que, asustado ante aquella irrupción, echó a correr; pero todas las precauciones habían sido tomadas para que no pudiese sustraerse a sus perseguidores; la pobre bestia tenía atadas las manos a los pies, poco más o menos como los caballos a los cuales se quiera hacer marchar al paso de andadura. De ahí que el cerdo, no pudiendo sino valerse de un trote moderado, fuese alcanzado a poco y a poco empezasen las

contrariedades. La carrera siguió su progresión ordinaria. El cerdo se deshizo de sus primeros perseguidores con la mayor facilidad, y aunque molesto por las ataduras, empezó a ganar terreno sobre el común de los mártires. Pero echaron tras él una docena de los más afamados y robustos corredores, que se encarnizaron en su persecución, sucediéndose uno a otro tras la cola del pobre animal con rapidez que no le daba instante de reposo y que, aunque bravamente retardado, había de indicarle el próximo momento de su derrota. Cinco o seis de sus antagonistas, sudorientos, jadeantes, abandonáronle; pero conforme iba disminuyendo el número de pretendientes, aumentaban las probabilidades de los que persistían, los cuales redoblaron sus esfuerzos, alentados por la gritería de los espectadores.

Entre los pretendientes al parecer dispuestos a llevar la aventura hasta el fin, figuraban dos antiguos conocidos nuestros, el malayo Antonio y el chino Miko Miko, los cuales seguían al cerdo desde el punto de partida, sin haberlo abandonado ni por espacio de un segundo: ya más de cien veces se les había escurrido entre los dedos el rabo, pero conoció que éste daba cada vez más asidero, sus infructuosas tentativas, lejos de desanimarlos les infundían nuevos alientos. Por fin y después de haber fatigado a todos sus competidores, quedaron solos los dos, tomando desde aquel punto la lucha un aspecto verdaderamente interesante y las apuestas un cariz formal.

La carrera duró todavía unos diez minutos; de modo que, después de haber dado la vuelta casi entera al campo de Marte, el cerdo tornó al punto de partida, aullando, gruñendo, volviéndose, sin que su heroica defensa intimidase lo más mínimo a sus dos enemigos, que alternaban

en su cola con regularidad digna de los pastores de Virgilio. En fin y por un instante Antonio detuvo al fugitivo, y cuando ya los espectadores tenían por vencedor al malayo, el cerdo reunió todas sus fuerzas y dió una sacudida tal, que por la centésima vez el rabo se escurrió de las manos de su perseguidor. Miko Miko, que estaba alerta, al punto asió del rabo, y puso de su parte todas las probabilidades de triunfo que por un instante parecían haber estado en favor de Antonio. Digno de las esperanzas que habían puesto en él parte de los espectadores, el chino se agarró con ambas manos, se envaró, se dejó arrastrar, resistiendo con todas sus fuerzas, seguido del malayo, que movía a una y otra parte la cabeza en señal de que miraba la partida como pérdida, pero que, por lo que tronar pudiese, estaba pronto a suplir a su contendor, no desviándose del cerdo, con sus largos brazos caídos y estregando, casi sin necesidad de agacharse, las manos contra la arena para darles más tenacidad. Por desgracia, tan honrosa obstinación resultó inútil. Miko Miko, a punto ya de llevarse el premio, y después de haber sido arrastrado un buen trecho por el animal, consiguió detener a éste; pero como perseguidor y perseguido desarrollaron entonces una fuerza igual, y dos fuerzas iguales se neutralizan, chino y cochino quedaron inmóviles por breve espacio por más que el uno tiraba hacia adelante y el otro hacia atrás. Con gran chacota de los espectadores duraba esto hacia algunos segundos, y todo daba a sospechar que duraría aún mucho más, cuando de improviso los dos antagonistas separáronse violentamente, yendo a parar rodando el cerdo hacia adelante, y Miko Miko hacia atrás, haciendo los dos el mismo movimiento, con la diferencia de que

uno lo efectuó de bruces y el otro de espaldas. Antonio, todo gozoso, se abalanzó inmediatamente a la bestia, animado por las voces de aliento de los que estaban interesados en su triunfo; pero su gozo en un pozo: el puerco había dejado su rabo en las manos del chino, que se levantó triunfante mostrando su trofeo y haciendo un llamamiento a la imparcialidad del público.

Como el caso era nuevo, dejóse el fallo a la conciencia de los jueces, que tras breve deliberación declararon, por tres votos contra dos, que, «considerando que Miko Miko habría incontestablemente detenido al animal si el animal no hubiese preferido separarse de su rabo, merecía el premio de la victoria.

En consecuencia fué proclamado el nombre del chino, a quien se le autorizó para que se hiciese dueño del puerco. Miko Miko, que había comprendido por señas, cogió por los pies su propiedad, haciéndola andar delante de sí como si hubiese empujado un carretón.

Antonio se entretejió, refunfuñando, entre la muchedumbre, que, con el instinto de justicia que la caracteriza, lo acogió del modo honroso con que suele acoger los grandes infortunios.

Como sucede al final de todo espectáculo que cautiva la atención de los espectadores, entre los espectadores de la carrera del cerdo se levantó un gran rumor seguido de cierta confusión; pero al anuncio de que iba a empezar la carrera de sacos se restableció la calma, y cada cual tornó a su sitio, demasiado satisfecho del primer espectáculo para perder el más mínimo incidente del segundo.

La distancia que debían recorrer los contendores era de unos ciento cincuenta pasos, y dada la señal, de una choza construída al efecto salie-

ron a saltos cincuenta corredores que se pusieron en fila.

No es de admirar que en tal carrera tomasen parte tantos individuos, si se tiene en consideración que el premio consistía en un magnífico paraguas, y que en las colonias y mayormente en la isla de Francia un paraguas ha sido siempre el hito de la ambición de los negros. ¿De qué nace tal ambición, que en ellos asume todos los caracteres de la monomanía? Lo ignoro; lo único que sé decir es que otros más inteligentes que yo han hecho sobre el particular profundas e infructuosas pesquisas.

¿Quién no ha presenciado, a lo menos una vez en su vida, una carrera de sacos? En ella no se trata de correr, sino de saltar; y sobre que tal carrera suele ser por todo extremo grotesca, en las circunstancias que vamos narrando lo era todavía más, pues a su chocarrería había que agregar las extrañas cabezas que coronaban los sacos y ofrecían a los ojos de los curiosos un surtido de colores diferentes, pues es de saber que, al igual que en la del cerdo, en esta carrera sólo tomaban parte los negros y los indios.

Dada la señal, todos partieron cual manada de canguros, saltando del modo más grotesco, chocando entre sí, derribándose unos a otros, levantándose, y chocando de nuevo para caer y levantarse otra vez. Durante los sesenta pasos primeros fué imposible prejuzgar quién sería el vencedor, pues doce de los contendores iban tan juntos, y las caídas eran tan inesperadas y mudaban de tal modo la faz de las cosas, que, cual si se hubiesen hallado en el camino del paraíso, en un santiamén los primeros pasaban a ser los últimos, y los últimos los primeros. No obstante, entre los más expertos, y casi constantemente a la ca-

beza de los demás, figuraban Telémaco, Bijou y Antonio el malayo; los cuales, a un centenar de pasos del punto de partida, quedaron solos y evidentemente en disposición de disputarse el premio. Antonio, que con su sagacidad habitual echó de ver al instante, en las miradas de enfurecimiento que uno a otro se lanzaban, el odio que Telémaco y Bijou se profesaban mutuamente, contó con la pasión que dividía a sus contendores tanto, por lo menos, cuanto en su ligereza personal. Como el acaso lo había colocado entre Bijou y Telémaco, y por consiguiente los separaba, el astuto malayo aprovechó una de sus numerosas caídas para colocarse a uno de los lados y dejar uno enfrente de otro a los dos antagonistas, que, al verse libres del obstáculo que los apartaba, se acercaron encontinente, se miraron con ojos preñados de ira, rechinaron los dientes cual monos que se disputan una nuez, y añadieron a su amenazadora mímica palabras de reto: por fortuna, metidos como se hallaban en sus respectivos sacos, no podían pasar de las palabras a las obras, por más que en la agitación de la tela echábase de ver que sus manos sentían la más viva comezón de vengar las injurias que se decían sus bocas. Arrebatados por su odio mutuo, pues, Telémaco y Bijou se acercaron uno a otro hasta tocarse, de modo que a cada salto se daban con los codos, y se injuriaban con más rabia, y se retaban una y otra vez para cuando, salidos de sus vainas, tendrían libres sus acciones para cebarse uno en otro. Sin embargo, al ver ambos que Antonio ganaba terreno, que se les había adelantado cinco o seis pasos, dieron por un momento tregua a su rencor, y los dos ensayaron, dando saltos más gigantescos que hasta entonces, recuperar la ventaja perdida. Efectivamente tal con-

segúan Telémaco y Bijou, y sobre todo el primero, cuando una nueva caída dió a éste una nueva probabilidad de triunfo, ya que se puso en primer lugar, gracias a haber rodado por los suelos el malayo, que si bien se levantó con gran presteza, quedó postergado. El caso era tanto más grave, cuanto sólo faltaban unos diez pasos para llegar a la meta; así es que Bijou lanzó un verdadero rugido, y, haciendo un esfuerzo desesperado, se acercó a su rival, que no era hombre para dejar que se le adelantasen. Telémaco siguió pues saltando con elasticidad cada vez mayor, y ya los espectadores daban por cierto que iba a llevarse el paraguas; sin embargo, como el hombre propone y Dios dispone, Telémaco dió un paso en vago, se tambaleó en medio de la gritería de la muchedumbre, y dió consigo en tierra. El negro, empero, fiel a su odio, al desplomarse dirigió su caída de modo que cerró el camino a Bijou, el cual, arrebatado por su carrera, no pudo hurtar el cuerpo, y, chocando con Telémaco, rodó a la vez por el polvo. Entonces a los dos se les ocurrió la misma idea, la de que antes que dejar que su enemigo triunfase, valía más que otro se llevase el premio. Con asombro pues de los espectadores, los dos sacos, en vez de levantarse y continuar su carrera hacia la meta, apenas estuvieron en pie se abalanzaron uno a otro, agrediéndose cuanto se lo permitía la prisión de tela en que estaban metidos, haciendo uso de la cabeza, al modo de los bretones, y dejando que Antonio prosiguiese tranquilamente su carrera, libre de todo impedimento y desembarazado de todo rival, mientras ellos se cebaban uno en otro, y, ya que no con pies y manos, por serles imposible, se atacaban a mordiscos. Entretanto Antonio llegó a la meta y

ganó el paraguas, que le entregaron encontrante y que él abrió al punto en medio de los aplausos de los espectadores más o menos negros, que envidiaban la suerte del dueño de tal tesoro.

Telémaco y Bijou, que habían continuado mor-diéndose mutuamente y a más y mejor, fueron separados, y entonces vióse que el primero había perdido en la refriega parte de una oreja, y el otro una porción de la nariz.

Llegada la vez de las hacas, del recinto reservado y montados por índicos, madagascarenes o malayos salieron unos treinta caballitos, cuya aparición fué saludada por un murmullo universal de los negros, que en tal carrera se divierten asimismo grandemente. Con efecto, aquellos caballitos, casi salvajes e indómitos, en su independencia dan lugar a peripecias mucho más inesperadas que no las proporcionan los caballos ordinarios. De acá y acullá partían mil voces alentando a los oscuros jinetes bajo los cuales saltaba y brincaba aquel rebaño de demonios que apenas si podían refrenarlos toda la fuerza y toda la habilidad de sus montadores y que amenazaban no aguardar la señal por poco que ésta se hiciese esperar. El gobernador hizo un gesto, y, dada la señal, todos partieron, o por mejor decir emprendieron el vuelo, ya que más parecían una bandada de pájaros que rozaban el suelo que no un rebaño de cuadrúpedos que tocasen la tierra. Mas apenas hubieron llegado frente a la tumba de Malartic, cuando la mitad de ellos se entró por los oscuros bosques, llevándose consigo a los jinetes, pese a los esfuerzos que éstos hicieron para mantenerlos en el campo de Marte. Al llegar el puente, la tercera parte de los que quedaron desapareció a la vez, y al acercarse al

molino de Dreaper ya no había más que siete u ocho, y aun dos o tres de ellos se habían des-embarazado de sus jinetes. Como la carrera se componía de dos vueltas, los caballos pasaron, sin detenerse, por delante de la meta, cual torbellino arrebatado por el huracán, y, al doblar el recodo, desaparecieron. Entonces oyóse una gritería espantosa, luego grandes carcajadas seguidas del más profundo silencio. Los espectadores aguardaron en vano; de los contados caballos que continuaron en la pista, no quedaba en línea más que uno; todos habían desaparecido: unos en el bosque del Depósito de Aguas, los otros en los arroyos de la hondonada, los otros en el puente. Así transcurrieron diez minutos; luego pareció de improviso, en lo alto de la rampa, un caballo sin jinete, el cual caballo había entrado en la ciudad, pasado por delante de la iglesia y vuelto por una de las calles que llevaban al campo de Marte, continuando su carrera sin que lo guiasen, a su capricho, instintivamente, mientras poco a poco uno a uno comparecían, aunque demasiado tarde, los demás por todos lados. En un cerrar de ojos, el primero que reapareciera salvó la distancia que lo separaba de la meta, y aun la rebasó, y al hallarse a unos cincuenta pasos más allá, se detuvo de suyo, como si hubiese comprendido que había ganado. Como hemos dicho, el premio consistía en una hermosa escopeta de Mentón, que fué entregada al dueño del inteligente animal, un colono llamado Saunders. Interin, los demás caballos regresaban por todos lados, parecidos a palomas despavoridas que huyen del gavilán, que partidas en bandada, tornan una a una al palomar; y al decir regresaron todos no somos puntuales, pues siete u ocho de ellos se extraviaron y no se dió con ellos hasta el día siguiente o el subsiguiente.

Antes de empezar la verdadera carrera hubo una pausa de media hora, durante la cual se distribuyeron los programas y se hicieron las apuestas.

Uno de los apostadores más encarnizados era el capitán Van den Broek; el cual, al saltar en tierra, se había encaminado derechamente a casa de Vigier, el primer platero de la ciudad y afamado por su honradez, y vendídole diamantes por valor de unos veinte mil duros. Van den Broek hacía pues rostro a todas las apuestas, y, lo que era más de admirar, las hacía sobre un caballo llamado *Antrim*, cuyo nombre era desconocido en la isla.

Los caballos inscritos eran cuatro: *Restauración*, del coronel Dreaper; *Virginia*, de Rondeau de Courey; *Gester*, de Enrique de Malmedie, y *Antrim*, de propietario incógnito.

Casi todas las apuestas recaían en favor de *Gester* y de *Restauración*, que en las carreras del año precedente habían sido los héroes de la fiesta; y ahora que tenían que ser montados por sus dueños respectivos, consumados jinetes los dos, los apostadores confiaban todavía más en su triunfo. En cuanto a *Virginia*, era aquella la primera vez que tomaba parte en las carreras.

Con todo eso, y a pesar de los caritativos consejos que unos y otros le daban diciéndole que lo que hacía era una locura, Van den Broek continuaba apostando en favor de *Antrim*, lo cual no dejaba de excitar la curiosidad respecto de aquel caballo y de aquel dueño desconocidos.

Como a las cabalgaduras tenían que montarlas sus propietarios, los jinetes no fueron pesados en la báscula; nadie se admiró pues de no ver bajo la tienda ni a *Antrim* ni al individuo que callara su nombre, dándose cada cual a entender que,

en el instante de la partida, aparecería aquél repentinamente para tomar sitio en las filas de sus rivales.

En efecto, en el instante en que los caballos y los jinetes salieron del recinto, llegó a escape, por el lado del campo malabar, el que, desde que se distribuyeran los programas, era objeto de la curiosidad universal; pero su aspecto, en vez de aclarar las incertidumbres, no hizo sino aumentarlas: vestía aquél un traje egipcio del que se descubrían los bordados bajo un alquicel que le tapaba la mitad del rostro, y montaba a la usanza árabe, esto es con los estribos cortos. En cuanto a su caballo, iba encapirotado a la turca. Por lo demás, al primer aspecto echábase de ver que el desconocido era jinete consumado, y que *Antrim*, pues nadie dudó de que tal era el caballo, era merecedor de la confianza que de antemano tenía en él el capitán Van den Broek, tan elegante, elástico e identificado con su dueño parecía.

Persona alguna conoció al caballo ni al jinete; pero como éste se había inscrito en casa del gobernador, y para el gobernador no había desconocido, respetaron el incógnito del recién llegado: sólo una persona sospechó quizá quién era aquel jinete: Sara, que, hecha una amapola, avanzó la cabeza para cerciorarse de la verdad.

Los corredores se pusieron en línea, y como únicamente habían de dar una carrera, los jueces, para que los espectadores pudiesen disfrutar por más tiempo del espectáculo, decidieron que los jinetes diesen dos vueltas a la pista en vez de una; así pues los caballos debían recorrer unas tres millas.

Dada la señal, partieron a una los cuatro caballos, sin que, como sucede siempre al principio

de toda carrera, fuese posible prejulgar nada. Al llegar a la mitad de la primera vuelta, *Virginia*, que, como va dicho, corría por primera vez, se adelantó unos treinta pasos, seguido de *Antrim*, mientras *Restauración* y *Gester* quedaban atrás, visiblemente refrenados por sus jinetes.

Al llegar a la subida, esto es a unos dos tercios del circo, *Antrim* ganó medio cuerpo, y *Restauración* y *Gester* se acercaron diez pasos; iban pues los contendores a pasar nuevamente por el pie de la tribuna del gobernador, y todos inclinados hacia adelante batían palmas para alentar a los jinetes, cuando casual o intencionadamente Sara dejó caer su ramo. El desconocido lo vió, y sin acortar el paso de su cabalgadura, con destreza maravillosa se deslizo bajo el vientre de su caballo al modo de los jinetes árabes que recogen el djerid, cogió el ramo, saludó a su bella propietaria y siguió adelante sin haber perdido más que unos diez pasos y sin que, al parecer, le preocupase el recuperarlos.

A la mitad de la segunda vuelta, *Virginia* fué alcanzado por *Restauración*, al que *Gester* seguía de una longitud. En cuanto a *Antrim*, continuaba siete ú ocho pasos atrás; pero como su jinete no lo aguijaba con el látigo ni con la espuela, era evidente que aquel pequeño retardo nada significaba, y que recuperaría la distancia perdida cuando lo juzgase conveniente.

Al llegar al puente, *Restauración* tropezó en un guijarro y rodó por el suelo junto con su jinete, que no habiendo perdido los estribos intentó hacerlo levantar. El noble animal hizo un esfuerzo, y si bien se levantó, fué para caer de nuevo; *Restauración* se había roto una mano.

Los otros tres contendores continuaron su carrera por este orden: *Gester* y *Virginia* y *Antrim*

a dos longitudes; pero al subir la cuesta *Virginia* empezó a perder terreno, mientras *Gester* conservaba su ventaja, y *Antrim*, sin hacer esfuerzo alguno, empezaba a ganar, hasta el punto de que, al llegar al molino de Dreaper no estaba más que a una longitud de su rival, que, conociendo que la victoria se le escapaba de las manos, la emprendió a latigazos con su cabalgadura. Los veinticinco mil espectadores de aquella hermosa carrera aplaudían y agitaban sus pañuelos para alentar a los contendores. Entonces el desconocido se inclinó hasta el cuello de *Antrim*, profirió algunas palabras árabes, y como si el inteligente animal hubiese comprendido lo que le decía su dueño, redobló su celeridad. No faltaba más que veinticinco pasos para llegar a la meta, y los dos jinetes se hallaban frente a la primera tribuna; *Gester* seguía adelantándose de una cabeza a *Antrim*, cuando el incógnito, al ver que no había tiempo que perder, clavó sus espuelas en los ijares de su caballo, se levantó sobre sus estribos, se echó atrás el capuchón de su alquicel, y dijo a su contendor:

—Señor Enrique de Malmedie, por dos insultos que usted me ha inferido, yo le devuelvo uno que por sí vale lo que aquellos.

Tras estas palabras, Jorge, pues era él, levantó el brazo y de un latigazo cruzó la cara de Enrique de Malmedie. Luego espoleó a *Antrim*, se adelantó dos longitudes de caballo a su rival, llegó a la meta, y, sin detenerse para reclamar el premio, siguió adelante, y, en medio de la estupefacción general, desapareció en los bosques que rodean la tumba de Malartic.

Jorge tuvo razón, en cambio de los dos insultos que de Enrique de Malmedie recibiera, a catorce años de distancia acababa él de inferirle

uno, pero público, terrible, sangriento, insulto que decidió de su porvenir, pues no solamente era una provocación a un rival, más también una declaración de guerra a todos los blancos. Jorge se halló pues, por la corriente irresistible de los hechos, frente por frente de la preocupación que él viniera a provocar de tan lejos, y ambos iban a luchar cuerpo a cuerpo, como dos enemigos mortales.

XVIII

LAÍSA

Retirado en el aposento que para él hiciera alhajar en la casa de su padre, en Moca, Jorge estaba reflexionando sobre la posición en que acababa de colocarse, cuando le anunciaron que un negro preguntaba por él. Jorge que, como es natural, dióse a entender que el negro era un mensajero de Enrique de Malmedie, ordenó que lo hiciesen entrar; pero al hallarse aquél en su presencia, a la primera mirada echó de ver que se había engañado, y que aquel hombre no le era desconocido, por más que no recordaba dónde lo viera.

—¿Me conoce usted?—preguntó el negro.

—No—respondió Jorge—y sin embargo no es esta la primera vez que nos vemos, ¿no es verdad?

—Nos hemos visto dos veces—profirió el negro.

—¿Dónde?

—La primera en el río Negro, cuando salvó usted a la doncella; la segunda...

—Es verdad, me acuerdo—interrumpió Jorge;—¿y la segunda?

—La segunda, atajó a la vez el negro, cuando me emancipó usted. Me llamo Laísa, y mi hermano se llamaba Nazim.

—¿Qué ha sido de tu hermano?

—Esclavo, intentó fugarse para regresar a Anjuán; libre, gracias a usted, partió y en la hora de ahora debe de estar junto a nuestro padre. Gracias por él.

—¿Y por qué tú, siendo libre como eres, te has quedado?—preguntó Jorge.—Es singular.

—Va usted a comprenderlo inmediatamente—respondió el negro sonriéndose.

—Vamos a ver—repuso Jorge, que, a pesar suyo, empezaba a tomar interés en la conversación.

—Soy hijo de jefe—prosiguió Laísa,—y en mis venas corre sangre árabe y zanguebares, con lo que dicho se está que no nací para esclavo.

Jorge se sonrió del orgullo del negro, sin pensar que tal orgullo era el hermano menor del suyo.

—El jefe de Querimbo—continuó Laísa, sin ver o sin fijarse en aquella sonrisa,—me cogió en una guerra y me vendió a un negrero que a la vez me vendió al señor de Malmedie, a quien ofrecí por mi rescate, si quería enviar un esclavo a Anjuán, veinte libras de polvo de oro; pero el señor de Malmedie no dió crédito a la palabra de un negro, y se negó a acceder a mi petición cuantas veces insistí. Luego se operó un cambio en mi vida, y ya no pensé en partir.

—¿Te trató el señor de Malmedie como merecías?—preguntó Jorge.

—No es eso—respondió Laísa.—Tres años des-